

Cultura a la contra

Punks y punkettes,
salid de vuestras
alcantarillas

Este mundo es cada vez más pesado, y este país cada vez más insoportable; sobre todo, en estas fechas carnavaleras, donde todo y todo el mundo se disfraza de otra cosa, y los partidos políticos se visten de detergentes. Hay un caos multicolor, cuya misma vistosidad aburre ya un poco. Y uno se siente cada día más deprimido y desorientado en esta ciudad que desgraciadamente no es Marrakech, y donde el sexo y las drogas son uniformemente mal consideradas por todos los sectores de la opinión pública y privada.

Felizmente, se lleva uno sorpresas de vez en cuando; algo divertido ocurre de pronto, que nos hace pensar que en realidad la tristeza que nos invade siete días cada semana debe ser una equivocación o una enfermedad de algo —tal vez, simplemente, un estado de postración y de surmenage—, y no, como habíamos pensado, una visión lúcida y lucida del mundo. A veces, todavía, escuchamos una música agradable; o alguien nos dice una palabra cariñosa; o tal vez se enamoran de nosotros. O nos emborrachamos en circunstancias felices, en agradable compañía.

Algo divertido me ocurrió a mí el otro día, precisamente. Fui a un local pequeño y destartado del barrio de Aluche, un local parroquial o similar, donde tocaban dos grupos rockeros y eso: Gilda y Los Garbos, y Alaska y Los Pegamoides. Dos grupos que se han desgajado del increíble Kaka de Luxe, planeta que estalló en aerolitos multicolores y que está dando el ser a un nuevo modo de hacer rock en Madrid. Reconozco que soy parcial: que me entusiasma con las letras de las canciones y con la imagen escénica de los miembros de ambos grupos. Un amigo que estaba a mi lado comentaba que no saben tocar, que la música que hacen suena a lata. Yo no lo sé, porque no soy crítico musical; sólo sé que por primera vez en bastante tiempo —concretamente, desde que vi actuar por primera vez a la Orquesta Mondragón, infame— no me había divertido en un concierto de rock: que todo eran sinfónicos catalanes con complejo de Chick Corea, o aburridísimos celtas y celtiberos más propios para animar una romería que para sonar en un teatro. Para escuchar rock —esa música que te agarra en la tripa y que actúa como un discurso de Hitler o de Fidel Castro, fundiendo las células grises de la desconfianza— tenía que poner el tocadiscos o escuchar los excelentes programas de Rafael Abizbol, por la FM tan denostada. Pero, claro, el rock no es sólo sonido, sino imagen. Y ésta se me escamoteaba, fálto como estoy de los miles de pelis que cuesta el comprarse un video. Las Alaskas y las Gildas, los Pegamoides y los Garbos, me devolvieron por una mágica tarde la alegría de vivir, o me quitaron la alergia de vivir, por lo menos. Empecé a ver que todavía hay posibilidades de hacer cosas, que hay gente maja que ha asimilado el rollo de los punks y punkettes —que a mí no me gusta, pero que, sin embargo, ha sido fundamental para el desarrollo de la música pop de finales de los setenta—, y que además han sido capaces de superarlo y de asimilar la música de mutantes que ahora se está haciendo en el mundo: una música de plástico y metal cromado, de basura reciclada servida en restaurantes naranja-verde-neón por camareras estridentes. Estos grupos nos dan una visión del mundo sorprendentemente cercana a la realidad. No es culpa suya que el mundo sea feo; es más: ya hacen bastante en extraer de la terrible fealdad ambiente un elemento de diversión, de gracia y de frescura. Cuando los punks y las punkettes reconstituídos salgan del laboratorio que cualquier doctor Frankenstein tiene instalado en una alcantarilla, podremos empezar a divertirnos. ■ EDUARDO HARO IBARS.

De ahí la importancia de la serie de conciertos que acaban de dar por toda Europa John McLaughlin, Larry Coryell y Paco de Lucía. Más que los resultados artísticos —que me apresuro a decir que han superado todas las predicciones—, más que la apoteósica acogida obtenida en todos los puntos a que ha llegado la *tournee*, lo destacable es lo que ésta tiene de sintomático: tres músicos de líneas bien definidas, que han llegado a la cúspide en cada una de sus particulares dedicaciones, que han dejado más que suficiente testimonio de su trayectoria como creadores y que, además, son consumados intérpretes del instrumento que con más fuerza ha hecho irrupción como solista en los últimos veinte años, la guitarra; esos tres músicos, repito, sienten de golpe la necesidad de tocar juntos... y ni siquiera porque piensan que de ahí puede salir algo nuevo —aunque eso los demás lo damos por descontado—, sino simplemente porque tienen ganas de pasárselo bien.

Pero es que hay más cosas. Hay, por ejemplo, que cuando Larry Coryell sale el primero de todos a calentar los ánimos, al primer tema que recurre, en un *opener* que cita un montón de ellos, es a "Nuages", de Django Reinhardt. Luego vendrían alusiones a Horace Silver, a Chick Corea, hasta al maestro Rodrigo y al "Yankee Doodle"... pero la primera llamada había sido a la tradición. Paco de Lucía, a continuación, demostró que él sigue fiel a la suya; a su manera, que es como hay que ser fiel a las cosas. Más espontáneo, menos técnico, lo que los otros habían di-

cho o iban a decir con su experiencia, sus conocimientos, su dominio de los recursos, Paco lo dijo con el sonido, con ese corazón que le suena a la guitarra flamenca, aunque le pongan un micrófono delante.

Cerró la serie de actuaciones a solo, y con ella la primera parte, el líder más o menos solapado de la sesión, John McLaughlin. Con él la historia es distinta, porque todas sus aventuras —desorientadoras a veces para no pocos críticos y aficionados que, sin embargo, no por ello dejábamos de reconocer que era muy bueno—, han terminado en un regreso a los orígenes con una nueva mentalidad. Guitarrista otra vez, y ahora parece que para siempre, el que fue superestrella, visionario, meditador trascendental y todas esas cosas que durante algún tiempo parecía obligatorio ser —no sé si para conectar con los tiempos o para llevarse el gato al agua— le ha dado la vuelta totalmente a la técnica. Que luego los resultados de su actual quehacer puedan gustar más o menos, es otra cuestión: a mi juicio, destrozó una canción tan hermosa como "My Foolish Heart", de Victor Young, pero ese es mi gusto particular, y punto, que aquí uno no es la voz de la ciencia. De otro lado, McLaughlin despidió la primera parte con una emocionante versión de "Goodbye, Pork-Pie Hat", precedida de una no menos emocionante dedicatoria a su autor, Charles Mingus. La tradición, de nuevo.

Con la segunda parte llegaron los encuentros, las piezas a dúo y a trío. Primero fueron McLaughlin y Coryell, sólidamente apo-

Larry Coryell, John McLaughlin y Paco de Lucía durante su actuación en el

